

ÑA JOSEFITA

Casa más bien barrida y limpia no se había visto. Todo en ella respiraba juventud, si no era ña Josefita la dueña, que se estaba por allá en los sesenta. Cuéntase que pasó por sus quince saboreando ensueños y confiada en Dios y en el porvenir, pues aunque fue bella y sintió amores, todos los dejó pasar, porque—según decía—eran devaneos de niña.

Ya anciana, ña Josefita se pasaba los días barriendo, remendando, arreglando su persona y su casa, en lo cual era siempre solícita, cuidando un perro y un gato que de puro garosos ya reventaban de gordos, y tañendo, cuando estaba triste o de buen humor, su decrepita guitarra, pues ella le divertía con sus aires añejos y ponía en juego el recuerdo de sus ya lejanos amoríos.

Pasárase ella de balde, cuando desde su juventud había tenido tanto brío! Daba gusto mirar la animación que por toda parte reinaba en aquella casita llena de humildad y de pobreza, colocada allá donde se confundía el extremo de la calle con el principio de un camino, y no más lejos de la iglesia que de la plaza de Segovia, pueblo de pequeñas pero halagadoras proporciones.

Segovia estaba situado en una colina de clima suave; sus habitantes eran de carácter dulce, costumbres sanas, muy afables y obsequiosos, pero llenos de superstición y novelería. Al viajero o visitante que se atreviera por alguna de esas calles ¡Dios lo librara! porque le hacían procesión de noveleros y noveleras, lo recorrían de pies a cabeza con ojos indagadores, y lo comentaban a todas sus anchas, sin que para esto fuera importuna la presencia del paciente.

En este pueblo había nacido ña Josefita, en él pasó sus mejores días al calor de sus padres, y a él quería dejar sus cenizas. Sin un hijo, ni un pariente que le enjugaran sus lágrimas, vivía. Sus padres se habían marchado: el uno para el patíbulo, cuando Morillo, el inolvidable, y la otra para el cementerio algunos meses después.

Y, hubieran visto los agrónomos de hoy el odorante solar de ña Josefita, para que hubieran conocido fertilidad en las

plantas medicinales y opulencia en las flores. Qué mano tan apropiada para el cultivo. Desde que uno asomaba a ese patio, sentía una mezcla vaga de fragancias indecibles. Una maleza, por pequeña que fuera, no se encontraba allí ni para remedio.

Dos árboles de escogida procedencia se repartían el imperio de aquella doméstica vegetación: el uno un ciprés, de ramaje compacto y revuelto, tenía la forma de una enorme pegadilla y un color verde-oscuro. Na Josefita cuidaba más de él que de sus gafas. Un «no sé qué» de misterio le fingía ese árbol.... Ella tenía «para sus adentros» que el curso de sus días y el desarrollo de ese árbol iban en proporción inversa. Todo era vida en ese patio cultivado primorosamente, pero allí se levantaba, creciente, como por ensalmo, *el árbol de la muerte*. El otro, era frondoso y producía unas naranjas tan dulces y jugosas, que todas se vendían al pie de fábrica. Esta era la renta que la anciana había destinado para su indumentaria. Al ver aquella plantación y especialmente las naranjas, se sentía uno en la tierra prometida.

Siete gallinas muy criollas y enjundiosas tenía ña Josefita, bajo la tutela y caricias de un gallo bermejo, que a fuer de comedido y galante, se había conquistado el cariño de todas.

A estos animalitos joviales estaba encomendado el bullicio mañanero en aquella casa, y bien cumplían su misión, pues cacareaban desde que amanecía hasta que se las despachaba con unos granos matutinos. De las diez en adelante iban volviendo, primero una, después otra.... paso entre paso.... Entraban en un cajón que había en la cocina, y al ratico, cacara-ca-cááá.... Sobre un nido de risadas virutas blanqueaba un hermoso huevo, más limpio que una nube de estío, y tan grande que apenas sí cabía en el cuenco de la mano. A éste seguían otro y otro.... hasta completar cinco o seis diariamente. Hé aquí la principal renta de ña Josefita para atender a su alimentación.

Pero donde ella exhibía todo su exquisito donaire, era en el corredor, en las rubias tardes de sol, convirtiendo los albos copos de algodón en finas hebras. Con cuánta gracia oprimía el huso entre la mano y su flanco derecho para darle impulso!

Y el clásico utensilio de barro danzaba por el aire al compás de su propio run.... run....

La chiquillería escolar recibía gran placer acercándose a la casa de ña Josefita, pues en ninguna otra parte encontraba naranjas tan dulces y tan baratas, ni tan buen hilo para cometas. Y eso era vender y vender naranjas, medir y medir metros de hilo. Nadie más visitaba a aquella anciana cuya vida a nadie causaba sinsabores, y se deslizaba sin ruido, sin ruido....

Doña Sofía, su vecina más inmediata, se daba cuenta de que esta casa era habitada, por la bulla de las gallinas, el perro, los compradores de hilo y naranjas, y en ocasiones por las notas muy bellas y muy tristes que salían de una guitarra. También oía cotidianamente que su vecina cantaba todas las mañanas desde su lecho, con monotonía y claridad, los versos de esta vieja canción:

Bendita la luz del día
Y el Señor que nos la envía....

Mas, a pesar de su callado vivir, su soledad y todo, ña Josefita tenía un amigo en la vida—que a nadie le falta con quien departir sobre sus pesares y alegrías.— Ese amigo era Parmenio, un carbonero de la montaña; todos los sábados entraba a Segovia con buen número de cargas de carbón; las vendía y en seguida compraba el mercado para ña Josefita con la realización del hilo y los huevos recogidos en la semana. Y si en la compra faltaba algo al dinero suministrado por la anciana, en más de una ocasión abrió para la amistad y el cariño su bolsillo rara vez escaso y siempre generoso.

No bien se perfilaba el día sobre las vagas claridades del amanecer, cuando ña Josefita ya volvía de la iglesia, lleno su pecho con el cuerpo de Cristo. Nada había que temer—decía ella—con tan dulce Compañero.

Todos los habitantes de Segovia sufrían graves calenturas chismográficas. Hay tanto duende y tanta bruja en este pueblo—decía un segoviano—que ya no dejan dormir. Qué escándalos tan infernales por los cielos y tejados de las casas! Otro aseguraba que todas las noches veía volar, tan altas como

la torre de la iglesia, unas aves, al parecer palomas, que daban grandes risotadas y entonaban coros malignos en el aire.

Como esto se comentaba en un corrillo, agregó un tercero: se han descarado tanto esas mujeres dejadas de las manos de Dios, que en altas horas de la noche sorprenden por estas calles a cualquier trasnochador ambulante, le hacen pasar su buen miedo, lo privan y le chupan la sangre; ysi topan alguna ventana abierta, ¡Virgen del Carmen! se entran, ojean a los niños y hacen horribles maleficios a los grandes. Pero ya se sabe cuál es la más endemoniada de todas, la que enseña a las demás todas esas perversidades que no pueden venir sino del enemigo malo. Y si la logramos coger ejerciendo su profesión, se la hemos de traer al Cura, amarrada hasta de la lengua, para quemarla viva.

¿Quién es?... Preguntaron a una todos los del corrillo. Pues ¿quién ha de ser—dijo el que venía hablando—sino esa vieja Josefa, bruja pernicioso y sinvergüenza?

Ya lo sabíamos, contestaron los demás, y uno de ellos continuó: ¡Ah fama negra que tiene esa vieja! Por eso nadie la visita, hace como diez años que vive sola, y dicen los que la conocen, que a esa casa sólo entra el diablo en forma de carbonero; ella diz que le prometió darle el alma cuando se muera, y él le pasa todo lo necesario y le enseña todas sus marrullas y maldades. Todas las brujas de esta región aprendieron con la vieja Josefa, y hacia allá vuelan todas las noches. Tiene un gato negro que no parece sino el mismo demonio, y las plantas que cultiva en ese patio sólo sirven para dar yerbas y hacer maleficios.

Lo que se dijo en este corrillo, lo decían todas las gentes segovianas, así fueran lo mejor de la sociedad. Na Josefita era tenida por el sér más perverso y depravado de Segovia. Hasta la clientela compradora de hilo y de naranjas se le había retirado amedrentada, y toda la inhumana sociedad de Segovia la había sometido, desde años atrás, a un aislamiento cruel; sufría la amarga incomprensión de un pueblo atrasado. Así suele castigar el mundo a muchos inocentes....

Una tarde de mucho verano, se paseaba, hilando, nuestra viejecita por entre las flores y las éras; Musingo, su gato de

éban, iba en pos de ella jugando con el ruedo de la falda. Liegóse al ciprés y se sentó a la sombra con ánimo de divisar mucho... Y el perfil de las lomas amarillas de sol, le suscitó recuerdos de su lejana infancia. Clavó los ojos en la lejanía y empezó a sentirse triste... ¿Qué significaba ella tan anciana y tan sola en el mundo?... Y acordarse que de joven había dejado fugar tantos amores. Hoy pudiera tener muchos hijos y nietos para consuelo de su vejez. Pero... sólo abandono, pobreza y soledad... Ah! Si aquel muchacho de pupilas ardientes, ese que cantaba tan dulces canciones en su ventana no hubiera muerto en la guerra... Y acordarse que esa guitarra que conserva, contagiada todavía de tristeza, fue un regalo de él. ¿Por qué no se acordaría el Señor de ella y se la llevaba de este mundo?...

Sus miradas rondaron la solemnidad del sitio, como buscando algo. Clavó luego los ojos en el poniente. También asistía la Creación al desfallecimiento de la tarde; ña Josefita sintió la suprema tristeza de todos los ocasos...

Una lágrima se detuvo en los pliegues de su rostro, y en ella se dibujó la tranquila majestad de un crepúsculo violeta. Sin un gesto de inconformidad cerró los ojos paralelamente con el día bajo la fronda de un ciprés doliente.

Y... «Venid a mí, benditos de mi Padre»..... Como a la una de la mañana se asomó la luna, venciendo el fondo negro de la noche y, bajo el árbol de los sepulcros había un cadáver de divina palidez.

A las nueve de la mañana del día siguiente, las hermanas del Padre Recaredo, Cura de Segovia, cubrían a ña Josefita de blancas vestiduras funerales, y hacia el medio día, un convoy de cuatro personas se movía por la calle del cementerio.

Por muchos días aguardaron los habitantes de Segovia que volviera el alma de la bruja. La medrosa expectativa era general, sobre todo en las noches oscuras.

Pero la bruja no volvió...

Bienaventurados los que se van sin que su partida cause llanto, porque de ellos es el reino del olvido.